

Hace veinte años dos bombas atómicas de EEUU cayeron en la costa de Almería

En Palomares creen que mueren de radiactividad

Los vecinos de Palomares, pueblo de la costa almeriense en el que, en 1966, cayeron varias atómicas tras el choque de dos aviones norteamericanos, viven atemorizados por las consecuencias que este hecho está pudiendo tener en sus vidas. Muchos de los fallecimientos que se producen en Palomares

por diversas causas son achacados a la radiactividad por los atemorizados vecinos, a quienes ningún organismo les ha negado que sus tierras no estén contaminadas por las partículas radiactivas que desprendieron las bombas.

ALEJANDRO VALERA

Tras la reunión convocada por la alcaldesa de Palomares, Antonia Flores, el pasado 22 de julio, el miedo a los efectos de la radiactividad ha vuelto a apoderarse de los ciudadanos de la zona.

La reunión, convocada a consecuencia de una promesa incumplida por parte de la Junta de Energía Nuclear, está siendo muy bien acogida entre los organismos competentes. Ahora bien, el ciudadano del lugar, en tanto no se le garantice un ambiente sano, no parará en achacar causas de muerte a los efectos radiactivos.

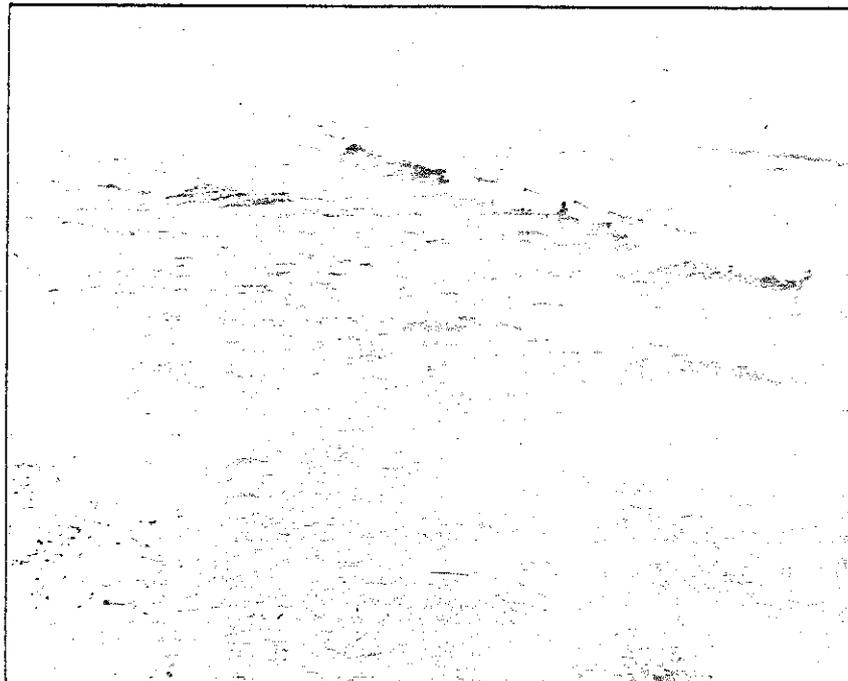
Lo realmente penoso para el residente en la zona es saber que nadie, ni organizaciones competentes, han negado tal existencia de partículas radiactivas, si bien todos parecen coincidir en que el porcentaje de contaminación es sumamente pequeño, hasta tal punto que no es causa para vivir envuelto en el miedo.

En este sentido el que fuera en aquella fecha (16-1-66) cabo de la Policía Municipal de Vera, Porfirio Olmedo, manifiesta que él, que vio como el avión nodriza y el B-52 ardieron, y que por la obligación que tenía, como agente de seguridad, vivió de principio a fin lo que pudo ser toda una tragedia.

«Yo encontré la primera bomba»

Porfirio Olmedo cuenta que, nada más producirse el accidente, él y un compañero se trasladaron al lugar a comprobar lo realmente sucedido. Una vez en la zona de Palomares pudieron ver entre humos y llamas cadáveres que, pese a estar mutilados, no sangraban; otros medio quemados, y otros, como el caso de un capitán, que murieron en las manos del médico.

Porfirio, tratando de recordar aquellas patéticas escenas, con cierto pudor comentó el desagradable olor a carne quemada (tripulantes), recordándole sus tiem-



Nadie garantiza que en estas aguas no existe radiactividad.

pos de guerra, donde al parecer también pudo apreciar la misma sensación.

Este hombre, testigo del suceso, nos confirmó que, buscando más objetos o personas afectadas por el accidente, pudo observar un gran socavón, de unos 60 ó 70 metros de diámetro y de forma de embudo, producido por el impacto de una de las bombas termonucleares caídas, la cual mostraba serias fisuras en su caparazón como consecuencia del choque.

Sin embargo, la extrañeza del Porfirio, que contaba en aquel entonces con 54 años de edad, fue al comprobar una especie de gas multicolor en el fondo del socavón. Esto mismo lo comprobó

fuera del agujero y en un espacio bastante considerable de terreno.

No siente molestias

Continuando con la búsqueda, encontraron otra bomba en la rambla. Esta no mostraba desperfecto alguno; quizás, apunta Porfirio, se debió a la gran cantidad de arena que allí había.

Tras esta desagradable labor y después de que el juez ordenara el levantamiento de los cadáveres, dice Porfirio que pasaron a comer un poco y que lo que comieron fue una gran pipirrana de tomate, de allí, del lugar del siniestro, y que hasta ahora ninguna molestia ni nada de nada.

Durante aquellos momentos,

nadie sospechaba que se tratase de bombas atómicas, aunque, según nos comenta Porfirio, él lo insinuó como posibilidad. Posibilidad que pareció acercarse a lo cierto cuando en aquellos momentos apareció un helicóptero cuyos pilotos indicaban que se retrasasen del lugar.

Mientras tanto, las fuerzas de la Guardia Civil comenzaban a actuar y a acordonar la zona, con el fin de evitar posibles riesgos.

Sufrimos radiactividad

Lo que sí es cierto es que un guardia civil y Porfirio Olmedo sufrieron radiactividad en la espalda y piernas, respectivamente, aunque la verdad sea

dicha, ello no fue motivo de alarma, puesto que tanto uno como otro nunca tuvieron ni tienen señales de la radiactividad.

Porfirio Olmedo nos contó que la situación no es nada grave, que «Aunque esa zona tiene radiactividad, y yo he estado allí, yo no he sufrido nada».

No obstante, «aunque si nos, según Porfirio, aprovechado por unos y otros. Unos recibieron dinero por lo que se creía perdido, cuando en realidad no perdieron nada; otros pagaron a bajo precio tomates, etcétera».

A pesar de todo, este testigo nos añadió que durante el suceso y después nadie hizo caso de nada o, al menos, no les preocupó ni asustó; **«es ahora, al cabo de veinte años, cuando les preocupa el tema».**

Sin embargo, en medios médicos, insisten que el plutonio 239 desprendido de dos de las bombas que cayeron en 1966 sobre Palomares ha tenido que producir daños mucho mayores que los confesados por la Junta de Energía Nuclear.

Es por ello por lo que se considera imprescindible un estudio sanitario en profundidad de todos los afectados, tanto de los aún residentes en Palomares como los que residían en el 66 por el lugar y se vieron obligados a emigrar.

La Junta de Energía Nuclear asegura que no hay peligro

Por su parte, la Junta de Energía Nuclear, en un informe emitido sobre las secuelas radiactivas en la zona, apunta que en los suelos afectados por el suceso quedó una contaminación residual por elementos transuránicos (plutonio y americio).

También, «se han obtenido resultados concordantes que muestran que la dosis media de radiación a que están expuestas las personas en la zona a causa de la contaminación residual es del orden de la centésima parte del límite establecido por la legislación española sobre los individuos de la población y correspondiente a una magnitud que es inferior al 2% de la dosis de radiación que los habitantes de la zona han recibido siempre a causa de la radiación natural», añade el informe.

«Respecto a los datos obtenidos por ingestión de productos de la zona muestra que éste es aún inferior al de la inhalación y que su magnitud puede considerarse nula», se lee en el mismo.

Igualmente, «tras unos 1.207 reconocimientos, ningún posible afectado ha mostrado sintomatología ni enfermedad alguna que pueda considerarse achacable a la contaminación residual», concluye el informe de la Junta de Energía Nuclear.

La secuela atómica

EDUARDO LADRON DE GUEVARA

Resulta que, casi sin darnos cuenta, han pasado veinte años desde el día aquel en que dos bombas atómicas casi nos pulverizaron, cuando a un avión norteamericano se le cayeron al mar, en las playas almerienses de Palomares, en lo que se llamó «un accidente desgraciado que, afortunadamente, no ha tenido consecuencias».

Cuatro lustros separan las bombas de Nagasaki a Hiroshima de las de Palomares, si bien, por suerte, las nuestras apenas nos dieron un susto morrocotudo, que no pasó a mayores gracias, en primer lugar, a que no explotaron y, en segundo, a que un pescador llamado don Paco puso en ridículo a todos los sistemas de detección y rescate de ingenios nucleares, localizando a ojo el lugar exacto donde se hallaban los petardos.

Durante años y años la Junta de Energía Nuclear aseguró que las bombas aquellas no dejaron el más mínimo residuo radiactivo, lo que, sin embargo, no llegó a tranquilizar del todo al personal que vivía y vive en los alrededores.

tasma de la contaminación notando sobre sus cabezas.

Sin embargo, según el reciente informe de la junta, se acepta que las bombas de Palomares dejaron residuos radiactivos, si bien éstos fueron tan pequeños que no determinaron en la población sintomatología ni enfermedad alguna que pueda considerarse achacable a la contaminación residual. Por otra parte, «a partir de los análisis estadísticos de los fallecimientos producidos en la zona y de las causas que los han motivado —dice el informe— se ha deducido que el porcentaje acumulado de fallecimientos, en función de la edad, es comparable al correspondiente a España, y que el porcentaje de defunciones debidas a cáncer y leucemia es conjuntamente el 13,45%, valor comparable al 15,53% correspondiente a la media nacional de defunciones por tumores cancerígenos».

Todo esto está muy bien y debería tranquilizarnos de una vez por todas si no fuera por un dato que tenemos a mano y que no hay modo de olvidarlo. Frena la vida, el

trar al mundo y a los «trous operators» que nuestras playas no tenían contaminación ni zarandajas, que nuestros tomates eran los mejores del mundo y que la sandonilla asada en los chiringuitos continuaba siendo un manjar exquisito y barato. Y como al señor Fraga ni se le cayó ni caso ni enterró, el turismo quedó convencido de que efectivamente no había pasado nada y que nuestras costas «es esperada con la paz, el sol y los buenos cables de siempre para darle la bienvenida».

Pero, veinte años después, una pregunta ha saltado y ya no hay modo de frenarla: ¿Por qué se le traba la lengua? ¿No será por culpa de aquel baño? ¿No llevará el político la carga de un secreto íntimo, tantos años ocultado por amor a España?

Si los problemas iónicos del carismático condonador vanen determinados por algún tipo de residuos radiactivos que se le metiera en el cerebro, para salir de escudado sus mínimos trabalenguas reconocidos, entonces, la situación del servicio. Y que el señor Calviño